

JORGE. — ¿Una boda en secreto?

AGUSTINA. — Deberías avergonzarte de ser tan estúpido a tu edad...

JORGE. — Dime, y ten calma. Dime lo que sepas.

AGUSTINA. — Malditas las ganas que tengo de conversación.

JORGE. — Y no lo dejas; hablas y no entiendo lo que dices.

AGUSTINA. — ¿Cuándo casarás a Paulina con Gregorio?

JORGE. — ¿Qué dices? ¿Con Gregorio? ¿Es verdad?

AGUSTINA. — Pero, ¿nada te ha dicho? ¡Vaya con los mozos de hoy! A su padre...

JORGE. — (*Muy alegre*). ¿No te burlas? ¿Gregorio? ¿Es verdad? ¡Hijos de mi alma! Yo creí siempre que Gregorio se arreglaría con Ana.

AGUSTINA. — (*Molestada*). ¡Sí! Como que lo íbamos a consentir su padre y yo. Un badulaque...

JORGE. — ¿Gregorio? No es un badulaque. Si yo tuviese diez hijas y me las pidiese las diez, ¡susyas eran todas! ¿Gregorio? Es capaz de buscárselas; aunque tuviese cien hijos no le faltaría pan a ninguno. ¡Es todo un hombre!

AGUSTINA. — (*Irónicamente*). Solamente le faltaba un suegro distinguido y poderoso como tú; ¡ya lo tiene!

JORGE. — Yo... No sirvo para nada, pero tampoco peso a nadie. Te aseguro que no se cansará de sostenerme. Bailaría de gusto. Seré libre, completamente libre; viviré como quiero, en el bosque. No me vereis nunca. ¡Diablo de Paulina! Me preocupaba tantas veces, pensando: ¿Cómo vivirá? ¿Qué será de esa criatura? La traje al mundo y no podía ofrecerle nada... Hoy veo claro su porvenir. Ella dichosa y su padre libre. Libre, solo, a correr mundo.

AGUSTINA. — Vivirás con ellos. Nadie renuncia fácilmente al bienestar...

JORGE. — ¿El bienestar? Para mí, el goce mayor es vivir errante, vagabundo. Paulina pescó un marido. ¡Tiene gracia! ¡Qué suerte! (*Salta y bailotea*).

ESCENA V

Los mismos y Basilio

(*Basilio por la puerta del fondo con el gabán puesto y la gorra en la mano*).

BASILIO. — ¿Ya estás borracho?

JORGE. — ¡De alegría! ¿No sabes el noticia? ¡Paulina se casa con Gregorio! ¿Eh?

BASILIO. — Nos tiene sin cuidado; pagándonos lo que nos debe...

JORGE. — Yo creí siempre, siempre, que Gregorio se arreglaría con Ana.

BASILIO. — ¿Qué dices?

JORGE. — Lo hubiera jurado. Ella le miraba de un modo... ya sabes... cuando una mujer quiere...

BASILIO. — (*Tranquilamente y con mala intención*). Por muy bruto que seas; no ignoras la inconveniencia de suponer ciertos propósitos a una señorita. (*Levantando la voz*). Yo no te digo cómo ha conseguido tu hija que Gregorio se fijara en ella. Se casarán: son el uno para el otro. Dos pobretones, y los dos me deben hasta el aire que respiran. Acabaron para mí el uno y el otro. No se hable más. Y tú, aunque seas mi pariente lejano, ¿con qué derecho entras en mis habitaciones en ese traje, con alpargatas, harapiiento, asqueroso?

JORGE. — ¿Por ventura es la primera vez que me presento así?

BASILIO. — No he contado tus visitas; pero noto un abuso y te lo digo. Abusas de la confianza. Eres un mendigo, un vagabundo, un inútil, y me tratas de igual a igual. Se acabó. No quiero verte.

JORGE. — ¿Por qué?

BASILIO. — No te debo explicaciones. Anda.

JORGE. — No reflexionas lo que dices. ¿Qué motivo?...

BASILIO. — En mi casa, no tolero... Vete...

JORGE. — Me inspiras compasión ¡infeliz! (*Jorge se va por el fondo; Basilio, agitado, pasca; Agustina continúa secando el servicio de té con manos temblorosas y murmurando palabras incomprendibles*).

ESCENA VI

Agustina y Basilio

BASILIO. — (*Después de una pausa*). ¿Qué dices entre dientes, bruja?

AGUSTINA. — No digo nada, rezo.

BASILIO. — ¿Sabes? No me nombrarán síndico, presidente; lo sospecho... ¡Ah! ¡Miserables!

AGUSTINA. — Es posible que te pa-